

La rana tomate

Ema Wolf

Ilustraciones de Pez

loqueleg

Hoy Milo quiso dormir en casa de su abuela. Ella, casualmente, estuvo de acuerdo.

En la casa hay una cama plegable para él, pero no la usa, prefiere la de su abuela, que es grande. Lo bastante grande como para ellos dos y el osito.

Porque también hay un osito, que duerme en el medio, entre Milo y la abuela. Es el único de los tres que nunca se cayó de la cama. Mientras está despierto se destapa, se atraviesa, se escabulle, pateo y se apodera a manotazos del espacio ajeno. El osito es duro de dormir. En otra época fue de color gris claro.

A la cama llevan siempre las mismas cosas: una enorme pila de libros, las almohadas panzudas de respaldo, dos vasos con agua, el coso para los mosquitos, pañuelos descartables, una ensaladera para recibir a la rana tomate en caso de que se presente, un plato con uvas, una taza donde escupir las semillas de las uvas, un par de anteojos (de la abuela), las gotas para los ojos (de la abuela), el celular (a esa hora descargado, de la abuela) y una mantita por si en la madrugada refresca.

Así que hoy, más o menos a la hora de costumbre —no son estrictos en eso—, todo estuvo listo para esperar el sueño: los libros apilados, los pijamas puestos, los dientes cepillados, las patas enjuagadas, los pises hechos y las puertas del placar cerradas por si las bufandas atacaban.

—Somos muy organizados —dijo la abuela.

6 Las cobijas, dóciles, se apartaron para hacerles lugar en la cama.

El gato, que suele acompañarlos, esta vez prefirió dormir en el patio. Aunque, si decide permanecer adentro, no hay modo de evitarlo. ¡Cuántas veces es posible sacar en una misma noche el mismo gato al mismo patio, sin éxito!

La abuela se envolvió en su chalcito, que tendrá algún mordisco de polilla pero está bueno porque es de lana que no pica. Manoteó un libro de la pila y se puso los anteojos.

Es ella la que lee. Milo todavía no.

Y mientras ella lee, comen uvas. En realidad, las comen Milo y la abuela, el osito no, no le gustan las uvas. Seguro que prefiere el pescado crudo, pero la abuela se niega a llevar pescado crudo a la cama solo para complacer al osito. Lo único que faltaba: ¡pescado crudo!

El primer cuento que leyó era de osos.

Contaba de una familia de osos polares que vivía adentro de una heladera. Tenían problemas con el



dueño de casa porque casi no dejaban espacio libre y encima se comían las cosas que él guardaba.

Ninguno quería renunciar a la heladera: los osos, porque era el único lugar frío en miles de kilómetros a la redonda; el dueño, porque estaba contento con su heladera, la tenía desde que se había mudado a esa casa y le faltaba bastante para terminar de pagarla.

8 Entre el dueño de la heladera y los osos se desató una guerra terrible donde intervenían ejércitos de re- nos, veterinarios, el técnico de la heladera, muñecos de nieve, focas, fabricantes de trineos y el mismísimo Papá Noel.

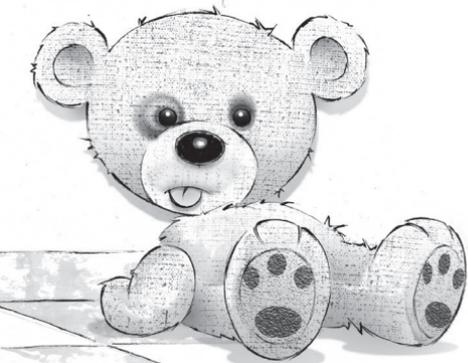
Unos luchaban a favor de los osos, otros a favor del dueño de casa; también hubo quienes cambiaron de bando sin avisar y nadie lo notó. De tanto abrir y cerrar la puerta, la heladera enfriaba poco.

La abuela le ponía onda a la lectura.

A veces salteaba cosas.

El osito no hacía más que molestar, parecía sordo a la historia, quizás porque él no era polar como los osos del cuento.

A cierta altura, ni la abuela ni Milo sabían a quié- nes debían alentar, si a los osos o al dueño de casa. En las



historias, casi siempre se ponían del lado de los buenos, pero en esta no era fácil decidir: el dueño tenía derecho a usar su heladera y los osos necesitaban un lugar fresco donde vivir. La abuela estaba perdiendo la paciencia.

—¿Vos qué pensás? ¿Quién tiene razón?

Milo dudó. Cuando una pregunta lo confundía, se mordía los dedos.

—Papá Noel...

—Buem, mejor sigo.

Pellizcando uvas, llegaron al final de la historia: un día, cansados de tanta guerra, la familia de osos y el dueño de la heladera se mudaron juntos al Polo Norte y abrieron una fábrica de verduras congeladas.

—¿Qué tal? ¿Te gustó? —dijo la abuela.

—Otro —dijo Milo.

—¡Decime qué te pareció!

—Otro.

La abuela manoteó otro libro de la pila.

Este contaba la expedición de dos tortugas mellizas que habían salido a buscar una hoja de lechuga fresca. No tenían apuro: la necesitaban para la cena de su cumpleaños número cien y recién tenían noventa y ocho.

En el camino encontraron toda clase de obstáculos que las demoraron: una piedra, un corcho, una nuez... Nada de eso las hizo desistir.

Tropezaron con un cascarudo muerto, un títere de dedo, una peineta, una bola de chicle. Conversaron

largo tiempo con un caracol desanimado, y después siguieron viaje.

En el cuento no pasaba nada.

Las tortugas, dele caminar y caminar. Daban amplios rodeos para esquivar naranjas aplastadas y cacas de perro.

10 Todo era tan lento que Milo y la abuela bostezaron, no de sueño, sino de desencanto. Bostezó también el gato, en el patio. Bostezaron todos menos el osito, que se había ido al fondo de la cama, con las medias. Milo fue a buscarlo y lo trajo de vuelta para que respirara.

—Nene, estoy hasta la peluca de estas tortugas.

Abandonaron el cuento sin llegar al final. Nunca se enteraron de si las tortugas habían encontrado la lechuga a tiempo para su cena. Encima, el cuento prometía terminar con una adivinanza y ellos eran muy malos para las adivinanzas. Así que dijeron adiós, doble adiós, a las mellizas tortugas.

La abuela pensó que en el futuro deberían elegir mejor los cuentos. Se sentía responsable: el de los osos era un disparate, el de las tortugas un ladrillo. Otras noches, sin embargo, habían tenido más suerte.



—¿Por qué no elegís uno vos? —le dijo a Milo.

Milo no se hizo rogar. Metió la cabeza en la pila de libros y se mandó.

Avanzó con dificultad por un túnel que fue abriendo con los codos. En un momento dado, solo se le vio la planta de los pies. Después también los pies desaparecieron y ya no se vio nada de él.

Tardaba.

11

La abuela se alarmó.

Se le puso en la cabeza que debajo de la pila había una escalera cavada en la piedra cubierta de musgo viscoso, que la escalera llevaba a una enorme caverna que se abría sobre un mar erizado de rocas puntiagudas y que Milo ¡descalzo! se resbalaba en el musgo; a punto de caer sobre las rocas y ser arrastrado contra los arrecifes por olas gigantes que iban a sepultarlo para siempre en las negras profundidades del océano —¡la abuela ahogó un grito!—, Milo salió por el mismo lugar por donde había entrado. Traía un libro en la mano.

—Este —dijo.

La abuela respiró.

—Ay, pensé...

Enseguida abrió los ojos grandes como platos.

—¡Dios mío! ¿Dónde encontraste eso?

—Ahí abajo.

—¿De veras estaba ahí? ¿En la pila? ¿Hace mil años que no lo veo! ¡Es el libro de mi abuela!

—¿Las abuelas tienen abuelas?

—Tuvimos.

La abuela acarició el libro.

—¡Pero mirá lo que fuiste a encontrar! Es increíble que *yo* no lo haya visto antes. Escuchá lo que te digo: mi abuela me leía este libro cuando yo era chica y a ella se lo leía su abuela cuando *ella* era chica. No te sorprenda que a la abuela de mi abuela también se lo haya leído su propia abuela. ¡Imaginate los años que tiene!

—¿Había dinosaurios?

—No.

Era un libro sólido, con tapas duras de color ciruela. Se llamaba *El hada Merliga*. No figuraba el nombre del autor.

En la tapa había una mujer alta, pechugona, con una diadema de perlas y una túnica blanca hasta los pies. En una mano sostenía una espada y en la otra una balanza de pesar verduras, aunque también podía ser la balanza de la justicia. La rodeaban columnas, rayos fulgurantes, flores de lis y ristra de laureles. Esa dama no podía ser otra que Merliga.

El libro tenía manchas de cera e insectos aplastados. A pesar de las manchas, de las páginas amarillas y el olor a ratón tibio, se conservaba entero, digno.

—Fue hace tanto tiempo que ya no me acuerdo de la historia, no me acuerdo qué pasaba en el cuento —se quejó la abuela—. ¡No me acuerdo de nada! ¿Cómo es posible? ¡¿Adónde fue a parar mi memoria?!

